la campaña que se preparaban á hacer.

El general San Martín le respondió en 13 de Julio, felicitándole cordialmente por sus triunfos, y aceptando reconocido su ofrecimiento, en términos muy lisonjeros. En esta carta, le manifestó el deseo de conocerle y saludarle personalmente en Quito, y le dió aviso de su próximo viaje. Ambas misivas son modelo de lealtad y cortesía.

Al ocupar Bolívar á Guayaquil, escribió otra carta al general San Martín, con fecha 23 de Julio, anunciándole que las Cortes españolas habían determinado al fin tratar con los Gobiernos de América, y siendo en su concepto tal asunto muy importante para el porvenir de las nuevas naciones, había concebido la idea, en cuya ejecución le interesaba, de que se reunieran los Plenipotenciarios de Chile, del Perú, y de Colombia para entenderse con los enviados de España, y dar á la negociación un carácter más imponente, al mismo tiempo que seguro en el éxito.

Esta era la carta oficial. En otra particular de la misma fecha, Bolívar excitaba á San

Martín á emprender su viaje, empleando frases tan dignas y afectuosas, que no podemos resistir al deseo de publicarla aquí.

BOLÍVAR Á SAN MARTÍN.

Guayaquil Julio 25-1822

Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y Señor, que doy á Vd. por la primera vez el título que mucho tiempo há mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo á Vd. y este nombre será el sólo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de opinión : así yo me doy la enhorabuena porque Vd. me ha honrado con la expresión de su afecto.

Tan sensible me será el que Vd. no venga hasta esta ciudad como si fuésemos vencidos en muchas batallas : pero Vd. no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿ Cómo es posible que Vd. venga de tan léjos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible tocar? No es posible, respetable amigo : Yo espero á Vd. y también iré á encontrarle donde quiera que Vd. tenga la bondad de esperarme : pero sin desistir de que Vd. nos honre en esta eiudad. Pocas horas, como Vd. dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va á

empezar á disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por opinión, sólo por la fama.

Reitero á Vd. mis sentimientos más francos con que soy de Vd. su más afectisimo apasionado servidor y amigo.

Q. B. S. M.
BOLÍVAR.

Excimo S^r. General D^n. José de S^n. Martín, Protector del Perú.

Pocos momentos después de despachada esta misiva, fué advertido Bolívar de que el general San Martín acababa de llegar á la Puná. Al siguiente día continuó el Protector para Guayaquil; Bolívar salió á su encuentro con sus edecanes y con los generales que existían en la Plaza, y allí se abrazaron con efusión los dos grandes capitanes de América.

Las conferencias que durante tres días y á intervalos, tuvieron en secreto aquellos personajes, fueron al principio motivo de general curiosidad. El tiempo ha revelado después lo que allí pasó : ya no existe el misterio.

Es natural que reunidos para conferenciar respecto de las cuestiones de palpitante interés en aquel momento, Bolívar y San Martín discu-

tiendo el arreglo con España, emitieran sus respectivas opiniones acerca de la forma de Gobierno más conveniente para los nuevos países, y Bolívar se pronunciara en favor de la República, así como su interlocutor, en favor de la Monarquía. También es natural que se hablara de la posesión de Guayaquil, que de hecho correspondia ya á Colombia; pero tales materias no constituyeron el objeto principal de las conferencias. Estas no tuvieron testigos; por consiguiente, no pueden explicarse sino por las revelaciones ó documentos de alguno de los actores. La carta que el general San Martín dirigió á Bolívar desde Lima el 29 de Agosto, explica lo ocurrido. Héla aquí.

SAN MARTÍN Á BOLIVAR.

Exmo. Señor Libertador de Colombia Don Simón Bolívar.

Lima, 29 de Agosto de 1822.

« QUERIDO GENERAL.

« Dije á Vd. en mi última del 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil é inepto Torre-

Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento, no me permitían escribir á Vd. con la extensión que deseaba; ahora, al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

» Los resultados de nuestra entrevista, no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, ó que Vd. no ha creido sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que Vd. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aun en el caso que esta dificultad pueda ser vencida, estaba Vd. seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República; permítame Vd. general, le diga, no me han parecido plausibles : la primera se refuta por sí misma y la segunda estoy muy persuadido que la menor insinuación de Vd. al Congreso, sería acojida con unánime aprobación, con tanto más motivo, cuanto se trata con la cooperación de Vd. y la del ejército de su mando, de finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos empeñados, y el alto honor que tanto Vd. como la República que preside, reportarían en su terminación.

» No se haga Vd. ilusión, general; las noticias que Vd. tiene de las fuerzas realistas, son equivocadas, ellas montan en el alto y bajo Perú á más de 19000 veteranos, los que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota decimado por las enfermedades, no podrá poner en línea á lo más 8,500 hombres, y de estos una gran parte reclutas : la división del general Santa-Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han

sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podría emprender en la presente campaña; la sola de 1,400 Colombianos que Vd. envía, será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el órden en Lima; por consiguiente, sin el apoyo del Ejército de su mando, la expedición que se prepara para Yntermedios no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y por consiguiente la lucha continuará por un tiempo indefinido : digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

» En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado : para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia *es el sólo obstáculo* que le impide á Vd. venir al Perú, con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general á quien la América del Sud debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarme.

» No dudando que después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que Vd. no podrá negarse á tan justa petición, ántes de partir remitiré á Vd. una nota de todos

los jefes cuya conducta militar y privada puede ser á Vd. de utilidad su conocimiento.

» El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas : su honradez, coraje y conocimientos estoy seguro le harán acreedor á que Vd. le dispense toda consideración.

» Nada diré á Vd. sobre la reunión de Guayaquil á la República de Colombia : permítame Vd. General, le diga que creo no era á nosotros á quienes pertenecia decidir este importante asunto : concluida la guerra, los Gobiernos respectivos lo hubieran zanjado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos Estados de Sud América.

» He hablado á Vd. con franqueza, General, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

» Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á Vd. una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí á Vd. en Guayaquil: admita Vd. General, esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea Vd. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

José de San Martín

Aunque fueron varias las conferencias y se supo que los dos caudillos, durante los tres

días que el general San Martín pasó en Guayaquil, permanecían largas horas en acuerdos secretos, como lo confirman todos los historiadores, el general Tomas Cipriano de Mosquera publicó en Bogotá el 26 de Octubre de 1861 un escrito intitulado « Bolívar y San Martín » en el cual refiere lo ocurrido en la conferencia celebrada el 26 de Julio, á la cual concurrió, segun dice, por órden de Bolívar como secretario privado junto con el coronel Perez, que era el seretario general, para redactar un memorandum de los puntos en que se pusieran de acuerdo ambos personajes. Bién que sin motivo alguno para dudar de la veracidad del general Mosquera, nos parece errónea su afirmación. A la avanzada edad en que escribió ese documento, es probable que sus recuerdos hubieran sufrido alguna perturbación, porque parece inverosímil que Bolívar precisamente en la misma tarde de la llegada de su digno huésped, y al terminarse el banquete de ceremonia, introdujera en la pieza reservada donde se celebró la conferencia, dos secretarios suyos, como si se tratara de

hacer un proceso inquisitorial. De haber sido así, San Martín habría llamado también á sus secretarios ó edecanes para servir de testigos.

Bolívar y San Martín, conocedores del mundo, no podían faltar á las leyes sociales. Las conferencias fueron secretas, cómo lo són siempre en estos casos; y si hubiera habido algo que protocolar, en ese caso, ambos generales habrían llamado oportunamente á sus subalternos.

De todas suertes, San Martin cumplió la promesa que hizo á Bolívar, en su carta de 29 de Agosto, y resignó el poder ánte el primer Congreso Constituyente del Perú que se instaló el 20 de Diciembre de 1822. Al siguiente día se embarcó para Chile, donde tuvo que detenerse algún tiempo, con motivo del grave estado de su salud. ¡Toda su fortuna consistía en 120 onzas de oro...

Llegó á Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1823, habiendo permanecido algún tiempo en Mendoza, donde recibió la triste nueva de la muerte de su esposa. En Buenos Aires se embarcó para Europa; y aunque volvió á su

patria en 1828, breve fué su residencia en ella. Al año siguiente regresó á Europa, para domiciliarse en Francia, donde murió en la tarde del 17 de Agosto de 1850. Sus restos fueron trasladados á su país natal en 1880, y nosotros tuvimos la honra de concurrir á la función religiosa que, con tal motivo, se celebró en una de las Iglesias del Havre el 21 de Abril de aquel año, y de acompañarlos, á bordo del vapor Argentino que los condujó á su patria.

Retirado San Martín, el Congreso peruano nombró para reemplazarle una Junta gubernativa compuesta del general Lamar, Alvarado y el conde de Vista-Florida. Este triunvirato rechazó el auxilio ofrecido por Bolívar. Después de las derrotas sufridas por los peruanos en Toratá y Moquehua, el Congreso, que se había negado á destituir dicha Junta á petición de un cuerpo de Oficiales, se avino á decretarla, luégo que el general Santa Cruz, situando cerca de la ciudad su ejército, pidió la destitución. Fué nombrado entónces Presidente de la República el general Riva-Agüero.

Bolívar, que comprendía la necesidad de dar fuerza á la independencia del Perú, y libertar á Colombia del vecindario de un vireinato español, ofreció entónces, á título de auxilio, seis mil colombianos. El nuevo Gobierno peruano no pensaba como su antecesor, y no sólo lo aceptó, sinó que pidió urgentemente el amparo porque los momentos eran críticos.

Salieron por lo pronto 3,000 hombres para el Perú, y Bolívar ofreció llevar 3,000 más, al recibir el permiso del Congreso de Colombia. Ocupado estaba en los preparativos de la segunda expedición, cuando recibió oficios del Vice-Presidente Santander, en los cuales le llamaba de urgencia, con motivo de las últimas operaciones de Morales en Venezuela.

No vaciló Bolívar en cumplir con su deber, y en el acto se puso en camino, enviando ántes al general Sucre como ministro diplomático al Perú.

En camino para Bogotá supo por ulteriores oficios del Vice-Presidente que las tentativas de Morales no tenían importancia alguna, y retrocedió á Guayaquil, donde recibió el de-

creto del Congreso peruano, suplicando al de Colombia que le acordara el permiso de trasladarse al Perú, á mandar en persona el ejército.

Por lo visto, la situación de los peruanos debía ser crítica; y en efecto lo era, porque Canterac y Valdés, con 8,000 hombres de buenas tropas se habían presentado frente á Lima, y no siendo posible á los patriotas el sostenerse en la ciudad, habían resuelto evacuarla, confiando el mando del ejército al general colombiano. Trocó éste el espadín diplomático por la espada vencedora en Pichincha, y salvó aquel ejército, retirándose ordenadamente al Callao. Allí todo fué anarquía entre los peruanos. Riva-Agüero fué depuesto por el Congreso y reemplazado con Valdivieso.

Agüero se mofó del acuerdo del Soberano y siguió ejerciendo de Presidente. El general Sucre, que no quería tener parte en la política interior del Perú, viendo el giro que las cosas tomaban en favor de los realistas, envió á los díscolos, Congreso, Riva-Agüero y demás em-

pleados, á Trujillo para que allí ultimaran sus disputas, miéntras él salvaba la situación; y en efecto, puso al punto el Callao en estado de defenderse, reorganizó el ejército y preparó una expedición para Intermedios.

Los jefes realistas, al saber que tenían que habérselas con Sucre, y con Bolívar que no podía tardar, evacuaron á Lima y resolvieron dividirse para emprender operaciones aisladas. Sucre ocupó en seguida la ciudad, y delegó el mando en el marqués de Torre-Tagle.

Á tiempo que esto ocurría en el Perú, impaciente Bolívar en Guayaquil, porque el permiso del Congreso no llegaba, recibió la noticia, muy grave por cierto, de que los pastusos se habían sublevado y derrotado completamente al coronel Juan José Flores, obligándole á retirarse á Popayán.

Salió inmediatamente para Quito con 400 hombres y un parque. En dicha ciudad completó 1,500, casi todos reclutas, y con ellos marchó en persecución de los pastusos, y habiéndolos encontrado, los atacó con tal ím petu que fueron destruidos, dejando

en elcampo 800 muertos, y cuanto tenían.

Después de esta victoria, regresó á Quito, encomendando al general Salon la dirección de las tropas para ocupar á Pasto. Á marchas forzadas volvió á Guayaquil: pero el permiso del Congreso colombiano no había llegado todavía, y era forzoso aguardarlo.

El Congreso había dado la autorización desde el 5 de Junio, pero precisamente por causa de la insurrección de los pastusos, el pliego no llegó á tiempo. Al recibirlo Bolívar decidió embarcarse para el Perú el 6 de Agosto, saliendo para el Callao el 7 del mismo mes.